

Las categorías aristotélicas, el lenguaje y la realidad

Este ensayo se ocupa de una de las partes de la ontología o metafísica de Aristóteles, que es el tema de las categorías. Lo que éstas representan dentro de aquéllas es el objeto de este ensayo. Para dilucidar esto, tocaré en primer lugar el tema de la sustancia, para evitar equívocos en el tratamiento posterior de esta categoría. En segundo lugar, trataré el tema de la relación entre el lenguaje y la realidad en Aristóteles, con la consecuencia de relacionar en el mismo sentido la lógica, que en Aristóteles hizo siempre referencia al contenido o significado de los elementos del razonamiento. Posteriormente, establezco las diferencias entre la sustancia y el resto de las categorías y las consecuencias para la interpretación de las mismas que esto implica. El cuarto apartado desarrolla la consideración lógica y lingüística sobre las categorías, según indica el desarrollo del tema en este ensayo. Con aroma a apéndice, el quinto apartado da una definición de las categorías desde el punto de vista lingüístico y refuta la idea que nos llevaría a pensar que el tema filosófico de las categorías es reductible a este análisis.

1

Aristóteles enuncia, en el libro *De las categorías*, una serie de conceptos¹ que tienen una función clave en su investigación ontológica, es decir, para la metafísica. Pero ésta, debemos recordar, no había sido así nombrada en el tiempo en que escribió el autor. Él llamó a esta investigación filosófica “ciencia de los primeros principios” o “ciencia primera”. Para Aristóteles, la filosofía era, pues, la ciencia que se ocupa de todas las cosas en tanto que son². Pero para hacer eso debemos considerar todas las cosas en algún sentido

¹ Diez: sustancia, cantidad, cualidad, relación, lugar, tiempo, situación, hábito, acción, pasión.

² En adelante, cuando emplee el término “ser” como sustantivo, usaré cursivas pues, para el mismo Aristóteles, inclusive, el término no puede usarse si no es como medio para hacer referencia a un ente. Siempre, cabalmente, se enuncia el ente determinado al que la palabra “ser” se refiere. En otras palabras, “ser” no es ni

que nos permita estudiarlas como un conjunto. Este sentido es, desde el punto de vista filosófico, el simple hecho de ser. Justamente el modo en que las cosas son, es decir, su llegar a ser y su existencia en el tiempo, así como su composición, etc., son las cosas que constituyen los componentes de esta ciencia. Se toma entonces al ente como algo que es, y se hace ciencia de todo lo que le circunda o le es inherente. De este modo, considera globalmente tanto a los cuerpos como a las letras, a las proposiciones, a lo accidental, a lo relativo y a otras tantas manifestaciones de lo que es.

En punto al orden jerárquico que tiene la diversidad de formas de enunciar al *ser*, la primera es la sustancia, que responde justamente a la pregunta “¿Qué es?”. La sustancia es, en la filosofía de Aristóteles, el fundamento de lo real, tal como se nos presenta. No es el fundamento de lo aparente en tanto aparente, sino aquello que subyace a cualquier cosa. De este modo, no todo aquello que se dice que es, es sustancia. Pero como ésta es precisamente el fundamento de todas esas posibilidades de enunciación, la ciencia primera debe tomar a la sustancia como centro y objeto. Pero, así como el *ser* se dice de muchas formas o, dicho de otra manera, tiene varios sentidos, así lo mismo ocurre, cotidianamente, con la sustancia.

Para los pensadores físicos, la sustancia es la materia. Aristóteles cree que, si bien indiscutiblemente la materia es sustancia, las otras dos posibilidades sobre el significado que puede tener la sustancia, a saber, la composición de materia y forma y la forma tomada por sí, señalan más aproximadamente la verdad sobre ésta³. La forma es, por cierto y para evitar equívocos, la manera de organización o el acto específico de la materia. Aristóteles, en la *Metafísica*, siempre que habla estricta y exclusivamente sobre el ente en tanto ente, se refiere, como se mostrará más adelante, al compuesto hilemórfico, es decir, al ente sensible y corruptible. La ciencia del ente, como ciencia, se ocupa, así, de los entes que tienen materia. Esto se confirma cuando aborda al *ser* desde las categorías y también cuando expone las cuatro causas que dan a éste su existencia determinada. De cualquier modo, todo

un predicado ni un sujeto, aunque Aristóteles se haya expresado de otro modo, como cuando se pregunta si el Ser es uno etc. La extracción del término de su contexto concreto puede llevarnos a inferir algo que él mismo no hubiera afirmado, a saber, que “Ser” es algo en sí separado de las cosas, de lo pensable y de lo perceptible. No se puede, pues, hablar de El Ser o de un ser sino de lo que es o de un ente. Las cursivas señalarán en cada caso esta impropiedad en el uso del lenguaje. En los casos en que no haya cursivas para “ser”, significa que el término se está diciendo en infinitivo, como verbo, o que equivale a la forma de ser de aquello de que se está hablando o bien, como un instrumento para mentar la existencia. Sólo de estos modos se puede usar el término ser aisladamente sin caer en una impropiedad desde el punto de vista del lenguaje técnico de Aristóteles, verbigracia, siempre que el término “ser” pueda convertirse en “es” en el contexto del discurso.

³ Cf. Sobre estas tres maneras de considerar la sustancia sensible, *Metaf.*, (H), I y II.

ente determinado, que es de la única manera en que se nos puede presentar un ente como objeto, lo es en virtud de la forma. Es por ello que debe incluirse en la investigación sobre la verdad acerca del significado de la sustancia. A fin de cuentas, Aristóteles da mayor importancia a la forma⁴ en la resolución del problema acerca de lo que es la sustancia, pues ella contiene en los límites de orden, disposición y hasta de movimiento y cambio a la materia de que está hecha un ente cualquiera⁵.

Aristóteles distingue estos tres modos de pensar qué es la sustancia pero, como se desprende de lo dicho, sólo se refiere a la sustancia pensada desde el punto de vista concreto, es decir, partiendo del ente. Posteriormente, la forma cobra eminencia, lo que equivale a decir que, de entonces en adelante, hablar propiamente de la sustancia es hablar de la forma. Y, gracias a la separación mental de la materia y la forma que implica esta consideración sobre la sustancia, se abre la posibilidad de especular sobre lo que es, más allá de lo sensible. Aristóteles, cuando no se trata de los *sentidos* que tiene la sustancia cuando se la mira desde lo concreto y sensible, sino de sus *tipos*, habla de tres de ellos. En primer lugar, está la sustancia sensible y corruptible, es decir, todo lo que nace, cambia y muere, en la cual se incluye a todas las manifestaciones de entes que podemos incluir en el mundo sublunar. En segundo lugar, están las sustancias sensibles y eternas, en las que sólo se cuentan el Sol, la Luna, los planetas y la esfera en la que se agrupan todas las estrellas. Por último, está la sustancia suprasensible, que es el Primer Motor, es decir, motor del acto mismo de *todos* los movimientos o, en otras palabras, es acto puro o pura forma que anima la materia y la determina, siendo su alcance infinito y eterno. El Dios de Aristóteles, por tanto, no es nada separado del mundo, sino que en todo penetra.

2

Las distinciones preliminares sobre el *ser*, el ente y la sustancia son importantes para tratar con rigor el tema de las categorías. De ellas nos preguntamos si existen o no, o cómo

⁴ Cuando Aristóteles aborda el problema del acto y la potencia, argumenta que el acto es anterior a la potencia en cuanto al concepto, al tiempo y a la sustancia. Y de estos sentidos de la anterioridad del acto, nos es útil el último. El argumento que demuestra esto, es una de las pruebas que podemos aducir para confirmar que para Aristóteles la sustancia existe, aunque no exista sin ser entelequia, es decir, que existe, pero no separadamente; no, pues, de manera trascendente o como idea arquetípica. Es por eso que algo que no es puede llegar a *ser*; la forma, por esta razón, debe previamente existir.

⁵ Véase *Metaf.*, (Z), IV-VI.

existen y cómo se relacionan la verdad de las proposiciones, los enunciados, los juicios y las definiciones con la realidad. El tema de las categorías es complejo, pues la lista que se nos ofrece en *De las Categorías* nos parece sumamente concisa y dotada de características bastante sólidas y, sin embargo, pensar en su significado, su número o su campo de aplicación no es fácil. Hay que notar, como se acaba de insinuar, que Aristóteles no divorció por método, como se hizo posteriormente en la historia de la filosofía, lenguaje y realidad. Sin duda habla del ser de la verdad que, a su vez, sólo se da en la formulación de juicios, afirmando o negando. Pero esta manera de ser hace referencia a la sustancia semánticamente hablando, pero a la vez supone un *vínculo* con ella que no parte de la proposición misma, sino de su significado o contenido. Así, en sus textos notamos cómo, en virtud de este vínculo, se ocupa de la definición, de las partes de la oración y sobre todo, de hacer análisis semánticos de diferentes conceptos. Aristóteles creía, en efecto, que existen definiciones reales para cada cosa y que, por ello, el estudio del lenguaje era estudiar el reflejo de la realidad misma y que, por lo tanto, representaba una tarea para la ontología.

Antes de continuar, tenemos que tomar en cuenta que el hecho de que para Aristóteles existan definiciones reales, significa que está convencido de que las cosas existen de un modo que *permanece* o que es en sí. Esta premisa implícita proviene de la creencia en la existencia real de las cosas, es decir, la confianza en la sustancia y en la identidad. Aunque no se agoten en ello las creencias de Aristóteles, esto último es cierto. Este punto de partida sobre las cosas tiene su origen, sencillamente, en la intuición de la multiplicidad y de los entes determinados en general; la existencia misma de los entes no es puesta en cuestión, debido a la evidencia del mero “*haber*”, y esto supone el fundamento de la positividad de la lógica y de la epistemología. No tendría sentido enunciar reglas de razonamientos o tratar de conocer algo si no hubiese una relación entre las cosas que se enuncian y las cosas mismas, o si las últimas fuesen *totalmente* cambiantes todo el tiempo. Tan es así para Aristóteles que ni siquiera aparece esto como un punto a aclarar, sino que procede directamente al análisis del lenguaje y a la investigación sobre la sustancia.

Es indiscutible que el lenguaje es, entonces, una traducción fiel de la realidad o, al menos, una traducción que, por lo menos desde el punto de vista de la ciencia y el conocimiento, no es posible negar a menos que neguemos a la vez la posibilidad de las dos

anteriores. Por esta razón, la lógica que permea el uso de el lenguaje o que da a ésta su estructura y reglas, se compone de axiomas que se identifican más o menos con la realidad misma. Los principios, pues, de identidad, de no-contradicción y del tercero excluido, son la base formal de toda enunciación, argumentación e investigación, respectivamente, todo lo cual, según estas convicciones, arrojarían conclusiones verdaderas. Por su parte, lo que podríamos identificar con la *razón*, abstrae y agrupa o clasifica. Gracias a esta última operación (la clasificación), la razón nos proporciona universales, que se nombran como especies o como géneros. Este elemento es clave en la filosofía antigua y, en este punto del despeje, más aún para la filosofía de Aristóteles, pues ni los principios lógicos ni los géneros y especies, son algo puramente mental y ficticio, como podría afirmarse desde otra perspectiva, sino algo que, por decirlo de alguna manera, representa a los objetos y no al sujeto. Esto no es decir, por otro lado, que considere estos grupos como cosas que existen fuera de sus individuos, sino en ellos como su significado.

La importancia de la lógica y el lenguaje y el vínculo que tienen, tanto desde el punto de vista formal como desde el informal, con la ontología y con la epistemología, es ya visible. Esta relación, podríamos decir que es dada por la misma estructura de la oración, pues divide el sujeto y el predicado y pone, en nombre del movimiento, por lo menos el verbo “ser” entre ellos. Este verbo describe siempre la manera en que se desenvuelve algo o alguna característica fija, todo lo cual constituye la descripción de la forma misma de una cosa o de su materia. Cuando la oración es el producto de la intención de decir únicamente lo esencial de una cosa, nos lleva a la *definición*; y así entiende ésta Aristóteles. La definición contiene el significado positivo del sujeto, es decir, su esencia, lo cual nos lleva de la cosa real, de nuevo al lenguaje y, más aún, a la proposición. La definición es, pues, el primer material con el que podemos empezar a relacionar cosas de manera sistemática. Esto equivale a decir que las definiciones son el principio de las ciencias segundas (aquellas que no traten del puro ser).

3

Aristóteles no *demuestra* los vínculos entre el lenguaje y la realidad, sino que los da por sentados y analiza semánticamente a la primera como medio legítimo de conocimiento de

la segunda. Los sentidos son también para él fuente de conocimiento, pero la sabiduría no se agota en ellos y la investigación del ente en tanto ente requiere este ulterior trabajo. Si ahora atendemos a las categorías, las cuales son el objeto de este ensayo, observamos que son, primera y obviamente, producto del lenguaje y que sólo se enuncian lingüísticamente. Debido a esto, y a que son clave de la metafísica aristotélica, el haber señalado el vínculo entre realidad y el lenguaje que denota la filosofía de Aristóteles fue pertinente. Gracias a ello, ya podemos, de hecho, entrever las diferentes interpretaciones generales y tradicionales que existen de ellas, a saber, la gramatical o lingüística, la lógica y la ontológica, así como problematizar con la interpretación de las mismas.

En primer lugar, como una apertura a la problematización, podemos esgrimir el siguiente argumento de la filosofía del lenguaje con el cual podemos, por lo menos, dudar de que las palabras signifiquen algo real: si las cosas existen realmente, y no sólo de manera subjetiva, entonces las palabras, se produzcan como se produzcan, son *posteriores* a las cosas. Y, como la condición de tal razonamiento es algo que el mismo Aristóteles sostiene, entonces podemos preguntarnos por la justificación de afirmar que las categorías hablan de las cosas en sí mismas. Ciertamente las categorías no son sus principios, pues no son sus *causas*, ni tampoco son ninguna sustancia por sí, es decir, no son ni sensibles ni suprasensibles en el sentido en que se entiende esta última sustancia en la filosofía de Aristóteles, como Primer Motor. Así, no es clara la relación de la realidad con la forma en que se habla de ella desde las categorías, aun cuando Aristóteles de por sentada la relación.

Las categorías, más bien, se *aplican* a las sustancias (sensibles y corruptibles) para el conocimiento de las determinaciones de las mismas⁶. Por esta razón, pero tomando en cuenta el argumento de la filosofía del lenguaje, según el cual el uso de las categorías no es inmediatamente el conocimiento de una sustancia, se abre la interpretación lógica de las categorías. Sin embargo, parece que son justamente ellas, para Aristóteles, las que

⁶ En el caso de las sustancias sensibles eternas, es difícil preguntarse, para conocerlas en un tiempo distinto, sobre su situación, o sobre su tiempo, por ejemplo, por lo que la lista de las categorías no puede pretender el conocimiento de toda sustancia en sentido comprensivo, sino únicamente el que está sujeto al cambio. De esto se desprende que las categorías son herramientas de la ciencia primera sólo cuando ésta trata el ente sensible y corruptible. Aquí y en adelante, así ha de entenderse el objeto de las categorías. Por otro lado, cabría preguntarse incluso si, en vista de lo anterior, no será que Aristóteles hizo ciencia únicamente sobre este tipo de sustancia y si no es que de los otros tipos de sustancia sólo especula (aunque estén incluidos en el objeto de la ciencia primera en tanto sustancia y ser). Este es tema de otro ensayo y se trae a colación sólo para hacer énfasis sobre el hecho de que las categorías sólo se aplican correcta y completamente a la sustancia sensible y corruptible.

determinan realmente toda sustancia singular como una unidad determinada. De ello se desprende intuitivamente la diferencia entre la unidad determinada y aquello que la determina. Esta diferencia es decisiva y significa que la sustancia y las demás categorías no son lo mismo. Aquí pues, tenemos el primer problema sobre las categorías. La sustancia funge como categoría pero al mismo tiempo *no es* una de ellas.

La distinción entre sustancia en sentido propio y sustancia en sentido lógico permite, por fin, englobar en este segundo sentido a todas las categorías, incluyendo a la sustancia, pues se elimina, según la misma filosofía de Aristóteles expresa, la diferencia en el seno de las mismas. Pero, por un lado, todas ellas pueden ser tratadas separadamente, gracias a un proceso mental y, por otro, su tratamiento ontológico nos remite al tema de la multiplicidad de sentidos del *ser*. En efecto, la cantidad, la cualidad y el resto de las categorías tienen un sentido unívoco y provienen de lo concreto, pero no son, *por ellas mismas, ser*, pues esto implicaría que son sustancias. En efecto, tratadas ontológicamente, no pueden ser sustancia, pues ella tiene el significado ontológico por excelencia, es decir, su carácter de ser *ser* “en primer lugar” y por sí mismo. Así, las categorías no son sustancia, sino que refieren a ella. Sólo la sustancia individual (ente sensible) existe separadamente y permite así la existencia real y concreta de las demás categorías, pues éstas no existen si no hacen referencia a una sustancia. En efecto, “dos codos” no es nada sin la cosa que es *de* dos codos.

Las categorías tienen una existencia relativa y, en este sentido, son accidentes de la sustancia, pues en la sustancia caben diferencias en lo que toca a cada una de ellas. La excepción de esta relatividad es, claramente, la categoría de la sustancia, pues si se dice “el hombre es un animal racional”, entonces “animal racional”, en tanto esencia, no admite cambios ni variaciones, como sí lo hacen el resto de las entidades a las que hacen referencia las restantes categorías. Pero, para ser justos con la filosofía aristotélica y como un argumento que tampoco es fácil de rebatir por medio de la abstracción lógica de estos accidentes, las categorías tienen un sentido ontológico incontrovertible y es que, en efecto, nada físico existe si no cumple con una determinación particular de cada una de estas categorías. Nada hay, pues, que no tenga una cantidad, aún cuando la unidad que la determine sea convencional, pues incluso una totalidad sirve como unidad intuitiva de medida. Así, una casa puede ser la medida de una colina, aun cuando esta medición no sea intencional, etc. El argumento es extensible al resto de las categorías. Y si, en todo caso, es

imaginable una sustancia despojada de todas las características categoriales, es sólo porque la sustancia sensible no sólo existe separadamente como unidad, sino que es separable mentalmente hasta llegar a su simple ser ente. Por último, como ya se dijo, el que las categorías sean relativas significa que son susceptibles de cambiar, y el cambio en relación con el tiempo y el lugar o en el caso de la acción, por ejemplo, mienta también el movimiento. Por ello, el que las determinaciones de las categorías, a excepción de la sustancia, no permanezcan iguales en los individuos, hace a estas últimas accidentales.

Lo explicado hasta aquí sobre el carácter ontológico de las categorías se puede constatar en la siguiente cita:

El ser tiene múltiples significados (...) en un sentido significa lo que una cosa es, la sustancia; en otro, significa la cualidad, o la cantidad, o algún otro predicado de este tipo. Pues bien, aunque el Ser tenga tantas acepciones diferentes, es obvio que la primera de todas es la quiddidad, es decir, ni más ni menos que la sustancia. (...) Y de todas las demás cosas decimos que son o porque son cantidades del Ser en su sentido primero, o cualidades, o afecciones, o bien alguna otra determinación. Consecuentemente, también cabría preguntarse si el caminar, el estar sano y el estar sentado significan en cada caso un ser, y lo mismo podría decirse en cualquier caso de este tipo; en efecto, ninguno de ellos tiene por naturaleza una existencia propia ni puede ser separado de la sustancia, sino que, de haber un ser, éste será el que camina, el que está sentado o el que está sano. Estas cosas nos parecen seres en mayor medida porque tienen un sujeto determinado, y esto es la sustancia o el individuo (...) Es evidente, pues, que gracias a esta categoría son también todas las demás; por lo tanto, el Ser en su sentido primero, y no el ser algo, sino el Ser en sentido absoluto, ha de ser la sustancia.⁷

La cita permite confirmar que las categorías son en efecto relativas a la sustancia, sin ser ellas mismas sustancia. Pero también, por medio de la expresión habitual, es decir, del puro uso cotidiano del lenguaje, se puede decir que las demás categorías son. Aristóteles niega su carácter ontológico, pues son justamente *lo que se dice* de las cosas. Por esa razón, y porque hacen referencia al movimiento y al cambio, se dice que son accidentes, no absolutamente sino accidentes de la sustancia. Esto es explícito en la expresión “predicados de este tipo”, que hace referencia a su uso en el lenguaje. Se usan y se dicen de ellas que son seres, pero siempre que cumplan con la condición de estar relacionadas con el individuo, sujeto o sustancia, que aquí se identifican. De esto último podemos pasar a observar el análisis semántico del lenguaje que lleva a cabo Aristóteles justamente en el libro en que habla de la sustancia, nada más y nada menos que del objeto propio de la

⁷ *Metaf.*, (Z), I, 1028a, 10-32.

metafísica. Esto es significativo de la relación que se apuntaba más arriba entre lógica, lenguaje y realidad en la filosofía del estagirita.

4

El que Aristóteles diga expresamente que las categorías son predicados y el ulterior tratamiento del sujeto como aquello que existe por sí⁸, nos obligan a interpretar las categorías como las formas genéricas de enunciar las cosas. Pero el doble sentido que tienen (lógico y ontológico), también nos lleva a la posible interpretación de las categorías como géneros supremos de los entes *en tanto sensibles*. Y se tiene que poner *esa* condición, pues las categorías, en caso de que fueran géneros, *no* lo serían desde el punto de vista de la esencia, pues no es lo mismo decir que un hombre tiene necesariamente una altura, que decir que el hombre *es altura*, etc. Tenemos, pues, esta doble posibilidad de considerar a las categorías como géneros.

Empezando por la segunda posibilidad, tenemos que aclarar que, para Aristóteles, las categorías no se identifican con las ideas, en el sentido de formas arquetípicas y causas de las cosas, pues niega que los universales requieran ser entes de por sí. Afirmar que lo son trae consigo múltiples problemas⁹ que no caben en la presente reflexión. De todos modos, la polémica que Aristóteles sostiene con Platón redundará en la siguiente reflexión sobre la objetividad de los universales: por lo que toca al develamiento de los primeros principios, entendidos como las causas del ente en tanto ente, las Formas no son ni suficientes ni satisfactoriamente aclaradas. Es por ello que niega la ontología de su maestro, lo cual implica que, aun cuando se traten como universales, las categorías para Aristóteles no tienen contenido por sí mismas, o sea, existencia por sí mismas. Esto sólo pone en la mesa el hecho de que, si se toma a las categorías como géneros, esto sólo es legítimo desde la perspectiva lógica y no ontológica. Se ha reiterado, pues, la idea de que el género habla de la esencia por medio de la forma, pero no de la sustancia en tanto ente sensible. Sin embargo, no anula la posibilidad de que de hecho se los considere como géneros de toda

⁸ “El sujeto es aquello de lo cual todo lo demás se predica, mientras que ello mismo no se predica de ninguna otra cosa”, en *Metaf.*, (Z), III, 1028b, 37-40.

⁹ Todos aquellos que derivan de considerar las Ideas como entidades separadas y a la vez pensarlas como causas: los entes son ahora más numerosos, no se explica con ello la causa eficiente de las cosas, se debe concluir después de reflexionar que las sustancias se componen de varias sustancias, pues, por ejemplo, en el hombre cabe lo bípedo y lo animal al mismo tiempo, etc. Véase Libro I, II y XIII de la *Metafísica*.

sustancia individual y sujeta al cambio, por lo que la interpretación es válida en su sentido ontológico.

Queda la interpretación lógica de las categorías como herramienta de la ciencia, pues ya vimos que, aunque no son sustancias, de todos modos son, en virtud de la realidad que hay entre palabra y realidad que se examinó en el segundo párrafo. Esta forma de ver las cosas, tomada aquí por válida y hasta verdadera, nos lleva a establecer por medio de ella la posibilidad de enunciar algo en general. También nos lleva a la determinación del contenido de la predicación sobre las cosas, y constituye así el inicio de una proposición con sentido, única de la cual se puede hacer, en última instancia, algún razonamiento y, posteriormente, ciencia (segunda). Esto se debe a que sólo así formulado un juicio (como proposición) es susceptible de establecer las relaciones entre una cosa y otra que, en definitiva, nos remiten a la división binaria de los valores sobre la relación enunciada en cada caso. En otras palabras, la proposición es la única que puede ser verdad o falsedad, y no un término sin combinar (aislado) ni un ente sensible percibido. Según esto, las categorías, puesto que remiten forzosamente a un predicar limitado sobre las cosas, suponen parte de una teoría de la predicación y se puede decir de ellas que son todo aquello sobre lo que se puede juzgar en términos de verdad o falsedad (con respecto al sujeto-sustancia sensible).

Las categorías pues, son, entre otras formas de definir las, modos circunscritos de predicar sobre los entes sensibles. Pero la posibilidad de que esto sea así está dada por su carácter ontológico. Y se decía que, aparte de la sustancia, las categorías son seres en sentido secundario. Pero la abstracción de éstas la permite la misma consideración niveladora que hace de cualquier cosa *ser*, es decir, la analogía. Si la analogía, en el caso de los entes, se habilita por el mero hecho de aparecer de algo o de ser objeto para el sujeto, la de las categorías tiene que ver con la posibilidad de enunciar siempre de los mismos diez modos todo ente sensible. Todos tienen, pues, una cantidad, una cualidad, etc. Sobre las categorías, “lo exacto es decir que son no por homonimia ni en el mismo sentido [en cada caso particular], sino como en *médico*: sus diversos sentidos guardan relación con una misma y única cosa, pero no significan una única y misma cosa, ni tampoco son homónimos”¹⁰, sino que refieren a una única y misma cosa. Es decir, si se enuncian las

¹⁰ Metaf., (Z), IV, 1030a 34-1030b 2.

medidas de una cosa, esas medidas no son lo mismo en otro individuo ni significan lo mismo si se dan las mismas medidas en otra cosa, pero sí refieren todas ellas a la cantidad. Lo mismo pasa con el resto de las categorías.

Las categorías, en tanto características esenciales (que no la esencia misma), pero secundarias, permiten establecer las posibilidades para conocer objetos sensibles. En este sentido, serían la base conceptual para toda ciencia segunda. Pero esta interpretación deja un problema ontológico de lado, a saber, que las categorías no tienen por qué ser los límites del conocimiento de los individuos. Si fuese así, existiría un conocimiento objetivo conocido y, además, éste sería limitado, todo lo cual no es ni remotamente seguro. Por otro lado, nada nos dice que Aristóteles no haya podido mencionar otras categorías o que no existan otras, ni tampoco que unas no estén incluidas en otras, etc. De este modo, tal reducción del tema al aspecto lógico es insuficiente en cuanto a las conclusiones que arroja en el campo de la epistemología y de la ontología.

5

El sentido de las categorías, su función y su relación forzosa con el significado de los términos quedan expuestos en lo dicho. Para terminar, se ha proporcionado de ellas la mejor definición desde la lingüística. Este enfoque nos dice que las categorías son “los diversos esquemas a los que se ajusta la enunciación del verbo “ser” en los juicios”¹¹.

Gramaticalmente hablando, son

...morfemas pronominales (qué, cuánto, cuál), preposicionales (respecto a), adverbiales (dónde y cuándo) y verbales (voz: activa, pasiva y media –la situación-; aspecto: perfectivo –el estado-). Ello encaja perfectamente con la consideración de que no son sino <modulaciones> de la afirmación (o negación que, como Aristóteles indica, implica la afirmación) de existencia realizada por todo juicio declarativo; o lo que es lo mismo: esquemas referenciales sintácticamente condicionados, pero formalmente aislables de su <combinación> sintáctica.¹²

Estas definiciones sitúan perfectamente a las categorías en el lenguaje y señalan sus características gramaticales. Sin embargo, las categorías, consideradas filosóficamente, no se agotan en esta descripción, pues no se puede ver en ello el significado que éstas tienen,

¹¹ Aristóteles, “Introducción” [al libro *Categorías*], en *Tratados de lógica (Órganon)*.

¹² *Ibid.*, p. 27.

por lo que ella sirve únicamente para ubicarlas correctamente en el lenguaje. Su función epistemológica y su relación con el método en la filosofía de Aristóteles y en la filosofía en general siguen siendo fértiles. La relación que hay entre lenguaje y realidad, y entre el ente y las proposiciones, no se explican por medio de un enfoque semejante. El análisis semántico (a qué responden las categorías) es indispensable y su forma gramatical y sintáctica es posterior y no es relevante para la ontología pues nos percatamos, en primer lugar, del carácter lógico de las categorías, y después la relación de la última con la ontología.

Aristóteles investiga el ente en la *Metafísica* y para ello se compromete primero con la existencia de la sustancia y, en segundo lugar, analiza y parte del modo de conocerlo que se sirve del lenguaje, modo éste que no cuestiona. Desde el lenguaje, pasa de las palabras con significado positivo a las proposiciones, que son susceptibles de verdad o falsedad y establece las posibilidades del *ser* a partir de cómo se habla. En ese sentido, lo que resulta es el *ser*, y como sustancia, ya como individuo o como sujeto, de los cuales se predicen cosas. No se habló de la investigación sobre las causas, sino sobre esta forma en que están relacionadas o compuestas las cosas, las cuales sólo se *expresan* en el marco de la enunciación.

Las categorías aristotélicas se aplican únicamente a los entes sensibles y corruptibles. Si bien las primeras son cosas reales, teniendo existencia o siendo, no denotan la esencia ni la describen, sino que describen características esenciales del ente sensible y, por su carácter accidental, propio de lo cambiante, no son sustancias. En ese mismo sentido, pueden tratarse como géneros de la sustancia sensible pero, así, son en sentido secundario. Ellas, sin excepción y aunque la sustancia sea por sí misma, están subordinadas al sujeto, y constituyen modos y posibilidades de predicar sobre éste. Por esta razón, las categorías, en tanto predicados posibles para las proposiciones, delimitan el campo y posibilitan toda ciencia segunda. El cerrar lógicamente la lista de categorías, por otro lado, implica la limitación del conocimiento. Las categorías como conceptos se elevan así como herramientas lógicas, sin que por ello no sean realidades constatables.

Bibliografía:

- Aristóteles, *Metafísica*, [Introd., trad., y notas por María Luisa Alía Alberca], 2ª ed, Ed. Alianza, Madrid, 2014.
- _____, *Tratados de lógica (Órganon)*, Tomo I, [Introd., trad., y notas por Miguel Candel Sanmartin], Ed. Gredos, Madrid, 1982.
- _____, *Tratados de lógica (Órganon)*, Tomo II, [Introd., trad., y notas por Miguel Candel Sanmartin], Ed. Gredos, Madrid, 1988.
- Bustamante Zamudio, Guillermo, *Los tres principios de la lógica aristotélica ¿Son del mundo o del hablar?* [en línea], 12 mayo 2008, Folios, Segunda Época, no. 27, [fecha de consulta: 15 octubre 2016]. Disponible en: <http://www.scielo.org.co/pdf/folios/n27/n27a03.pdf>
- Reale, Giovanni, *Guía de lectura de la Metafísica de Aristóteles*, [Trad. por J. M. López de Castro], 2ª ed., Ed. Herder, Barcelona 2003.
- Ferrater Mora, José, “Categoría”, *Diccionario de Filosofía de Bolsillo A-H*, [compilado por Priscilla Cohn], Ed. Alianza, Madrid, 1983.
- Ferrater Mora, José, “Lógica”, “Metafísica”, *Diccionario de Filosofía de Bolsillo I-Z*, [compilado por Priscilla Cohn], Ed. Alianza, Madrid, 1983.